

Evocación de Don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe

* * *

Por Juan FERNANDEZ CRUZ

Discurso de ingreso como Académico
Numerario leído por su autor en la sesión
pública del día 9 de junio de 1983.

Una emoción inenarrable y enorme desazón me invade en estos momentos en que la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba me llama a su seno como Numerario. Hace veinte años, en mayo del 63, me incluyó como Correspondiente en Zuheros, honor que, tanto entonces como ahora, considero inmerecido. Por todo ello mi agradecimiento reconocido y sincero a los señores Académicos, que, entonces y ahora, depositaron en mí la confianza al proponerme y asentir como miembro de esta Corporación.

Agradezco infinitamente también a don José María Ortiz Juárez el gesto de ofrecerse para contestar a mi discurso de ingreso, incluso antes de mi propuesta para Numerario.

De igual forma me emociona ver desde aquí a tantos compañeros, a tantos amigos y deudos, que con su presencia hacen que este acto y este instante quede impreso con enorme fuerza en mi ser y su impacto y secuela perdure eternamente en mi corazón. Gracias mil veces. Gracias.

He tomado como tema para mi discurso un granadino enamorado de esta tierra; un andaluz devoto de su región; un español cabal, sabio, erudito; caballero que estudia más para lucimiento de ajenos que para provecho de sí mismo. Todo lo da a cambio de nada. Fue este prócer don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.

Este mi... medio biografiado fue y es más conocido fuera de nuestras fronteras que dentro de nuestro propio país. He dicho medio biografiado, y es así. No pretendo con este discurso de ingreso hacer un relato completo de su vida, trabajo que emplazo para más adelante, por no tener cabida en este lugar; el

tiempo manda. Lo haré con tranquilidad, sin prisas ni recortes, lo suficientemente amplio y documentado, como nuestro personaje se merece, ya que fuentes y material tengo en abundancia. No aseguro igual mi capacidad para realizar la obra, mas sí buena disposición y empeño, desde ahora comprometido ante ustedes.

En este punto quiero hacer constar mi agradecimiento, por la gran ayuda prestada, a los herederos de don Aureliano y muy especialmente a don Emilio Miranda Valdés. Sin su aporte documental hubiera sido imposible realizar este trabajo.

Pretendo con este discurso dar a conocer ante ustedes, posiblemente con poca ilación de unos hechos a otros, facetas y pinceladas de los diversos momentos de su vida; de aquellos acontecimientos que puedan darnos en su conjunto la visión real de cómo fue don Aureliano; cuáles sus aficiones y preferencias; sus posibles detractores y enemigos, si los tuvo, ciertamente por envidia; sus defensores y protegidos; así como la realidad del ambiente en que se desenvolvió y tocaré el entorno familiar muy sucintamente, ajustándome en todo a un orden más o menos cronológico, aunque posiblemente alterado. En toda mi exposición y siempre que pueda intentaré presentar a don Aureliano relacionado con Andalucía, con la provincia de Córdoba y sobre todo con el pueblo de Zuheros.

Don Aureliano, al que además de éste le pusieron los nombre de José María y Francisco de Paula, nace en Granada a los cuatro de la tarde del domingo 16 de junio de 1816, y es bautizado dos días después, el 18, en la iglesia parroquial de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo por el presbítero don Miguel Josef Molinero.

Sus padres, don José Fernández Guerra, granadino como él, y doña Francisca de Paula Orbe y de la Plata, de aquel paradisíaco Lecrín, de aquel valle de la alegría, que decían los árabes, donde alterna el colorido de flores y frutos con el olivo y con la higuera, y éstos con el almendro, naranjos y limoneros.

Fue su madrina doña María Juana Bonal y Orbe y actuaron de testigos el hermano de ésta don José María, luego obispo precisamente de Córdoba y después primado de Toledo, del que hablaremos más tarde; el padre agustino descalzo, exprior y lector, jubilado en Sagrada Teología, Antonio Covián; y el abogado don Antonio Fernández Gallegos (1).

Al pasar sus padres a Madrid cursa sus primeros estudios en aquella capital en el colegio de Garriga, institución en la que, por su acreditada eficacia, imparte educación a los niños de la mejor y más acaudalada sociedad de la villa y corte.

Se educa junto a él su hermano menor y único, Luis, quien también había de dar gloria a las letras españolas, no pudiendo llegar a triunfar como pintor, que fue su mayor afición, disciplina que aprendió con lecciones de Madrazo.

Regresada la familia a Granada, por ser su padre funcionario de la Cancillería y abogado de su ilustre Colegio, estudia humanidades, leyes y filosofía, y aquí es donde recibe de su mismo padre, don José, la doble enseñanza, pa-

(1) GALLEGO MORELL, Antonio, *Setenta escritores granadinos con sus partidas de bautismo*, Granada, Caja de Ahorros, 1970, pp. 53-54.

terna y universitaria. El, que fue catedrático de aquella universidad (2), le infundió su apego a las tradiciones, impidiéndole en su primera infancia y adolescencia el estudio de la lengua francesa, tan al uso por entonces, para que jamás sustituyese el castellano por otra lengua ajena. Sí le enseñó latín y así, con la lectura de los clásicos, quedó afianzada la base sólida de una instrucción que, como pocas, se han logrado en nuestra patria.

Pero hay otra influencia en la inclinación y el gusto, en el tesón y bien hacer de don Aureliano. Se le induce desde otro lugar y por otra persona al estudio de la historia y geografía, así como al conocimiento de la cronología y de la arqueología. El maestro en estas disciplinas lo fue el canónigo don Juan de Güeto y Herrera.

Estas dos personas, estos dos maestros, fraguan la mente privilegiada, serena y constante de nuestro biografiado. El primero desde la cátedra y desde el hogar; el segundo ejerciendo su magisterio en el colegio del Sacro Monte, donde ingresa don Aureliano para cursar filosofía, tomando la beca de gracia como comensal del señor Güeto (3).

Recuerda don Aureliano agradecido como alumno a aquellos dos maestros en momentos solemnes de su vida: a su padre en el discurso de contestación a su hermano Luis cuando su ingreso en la Real Academia Española (4); al maestro sacromontano, igualmente en contestación a su discurso, también de ingreso como numerario en la Real Academia de la Historia el 14 de junio de 1857 (5). De este hombre, del docto y sabio canónigo del Sacro Monte, a quien tuvo siempre veneración y auténtico cariño, no se volvió a separar hasta su muerte, ocurrida en casa del discípulo y precisamente en sus brazos el 17 de enero del año siguiente, de 1858 (6).

Estudia como ya hemos dicho filosofía y derecho. La primera de estas licenciaturas entre el Sacro Monte y la Universidad granadina, centro en el que cursa totalmente la segunda, si bien en la carrera de leyes el tercer curso lo hizo estudiando con el abogado del Ilustre Colegio de Granada don Francisco Trillo Cerdán, según sabemos por la solicitud que el 30 de enero de 1837 hace a la universidad, pidiendo se le dispense este tercer año y pueda matricularse de cuarto, solicitud que le es concedida (7).

Quiero hacer constar que don Aureliano, aún siendo estudiante, por su mente despejada, por su continua laboriosidad, por su entereza y honradez, y

(2) *Relación de los méritos literarios del licenciado don José Fernández-Guerra, hoja impresa copia del original que se formó y quedó en la Secretaría de la Cámara de Gracia y Justicia y del Estado de Castilla*, Madrid, 12 marzo 1829.

(3) En el libro séptimo de entrada de colegiales del Sacro-Monte de Granada, en su folio 105, podemos leer: «Don Aureliano Fernández Orbe (fue después cuando se fusionaron los dos apellidos del padre, adoptando el de Fernández-Guerra como primero), natural de la ciudad de Granada, hijo legítimo de [...], entró en este colegio y tomó la beca de gracia como comensal del señor Güeto, el día 20 de marzo de 1840».

(4) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, *Discursos leídos ante la Academia Española en la recepción pública de don Luis Fernández-Guerra y Orbe el día 13 de abril de 1873*, «Contestación», Madrid, 1873, pp. 50-51.

(5) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, *Discursos leídos en las sesiones públicas que para dar posesión de plazas de número ha celebrado desde 1852 la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1858, p. 547.

(6) CUETO Y RIBERO, Manuel de, *Biografía*, Granada, 30 de septiembre de 1881, p. 4.

(7) SEÑAN Y ALONSO, Eloy, *Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1915 a 1916*, Granada, 1915.

sobre todo por sus conocimientos, logró que el claustro de la universidad granadina le encargara de dar las clases de la cátedra de literatura e historia.

De estudiante comienzan sus inquietudes por el cultivo de las letras, y al aparecer en marzo de 1839 el periódico granadino de Ciencias, Literatura y Bellas Artes, que hubo de llamarse *La Alhambra*, precioso nombre para más hermosa ciudad, figura en él como entusiasta y acertado colaborador, juntamente con plumas de reconocida gran valía, quienes lejos de tomar afición y partido por doctrinas extranjeras y esnobismos de la época, siguen fieles a la normativa castiza y nacional. Es entonces cuando más auge toman las sesiones en el liceo granadino, aquellas que tenían lugar en el convento de Santo Domingo, y es en esta entidad, en el liceo, en la que interviene asiduamente y con acierto la joven y docta palabra de nuestro Aureliano, y es en él donde los granadinos hacen subir el acervo cultural de su ciudad, la bella de los cármenes.

Por citar algunos de los colaboradores de aquella revista, que salía de mes a mes, recordemos a su padre don José Fernández Guerra; a su maestro en el Sacro Monte, ya citado, don José de Güeto y Herrera; a don Juan Valera, afianzando más y más la amistad que con el egabrense había tomado, primero en el colegio sacromontano el único año que allí estudió don Juan, para luego seguir su contacto en la universidad y tertulias granadinas donde tan asiduos eran; a don Baltasar Lirola, maestro de Valera; a don Manuel Ortiz de Zúñiga, fiscal por entonces de S. M. en la audiencia granadina, luego magistrado del Tribunal Supremo, y que tanto había de hacer en favor de don Aureliano, cuando su nombramiento para Subsecretario de Gracia y Justicia; a don Manuel Tamayo Baus, quien, coautor con Fernández-Guerra, estrenan el 20 de abril de 1854, en el Teatro Español, el drama histórico en verso y cuatro actos «La ricahembra», obra que dedican al amigo entrañable de ambos, igualmente colaborador en *La Alhambra*, el sevillano Manuel Cañete, y tantas y tantas figuras, que por no alargar la lista en demasía he de cortar, en la seguridad de olvidar muchos de los eruditos, granadinos o que por tales se tenían, de aquella época, entre los que don Aureliano Fernández-Guerra jamás tuvo que desmerecer en lo más mínimo, a pesar de su juventud y en principio inexperiencia (8).

Por estas fechas de 1839, cuando se inicia la publicación del periódico *La Alhambra*, que había de prolongarse con algunas faltas lógicas hasta 1924, siendo por tanto de los que más larga vida han tenido entre las revistas literarias publicadas en nuestro país, atento al Jefe Político de la Provincia de Granada a los méritos literarios de don Aureliano, y visto el desastre que resultaba la contemplación del *Boletín Oficial de la Provincia*, el 30 de agosto de 1938, invita a don Aureliano para que se hiciera cargo de la publicación del citado periódico oficial. Ante las negativas del granadino, la invitación y ruego se transforman en mandato y, presionado, acepta.

En esta gaceta no sólo se publican noticias y órdenes oficiales. También se estampan artículos literarios y sobre todo de temas de arqueología, que, con

(8) FERNANDEZ CRUZ, Juan, *Don Juan Valera y don Aureliano Fernández-Guerra*, Cabra, 1969, pp. 33-37.

los de fondo, la mayoría llevan la firma de su nuevo redactor, siendo digno de encomio y satisfacción para Fernández-Guerra, que la Excelentísima Diputación Provincial mandase reimprimir y a su costa un volumen con sus publicaciones, que luego hubo de ser presentado al Congreso en 1840, cuando se vota la cuestión del censo granadino en aquella cámara. Son numerosos los periódicos, de todos los colores, que repiten en su páginas trabajos de don Aureliano.

Los éxitos de nuestro hombre le producen en contrapartida trabas y obstáculos, puestos por mentes retrógradas, por gentes de medianía, que vagamente agarrados al cabo de la escala, tratan de encumbrarse a costa de herir y desplazar a quienes son capaces de ocupar con merecimiento la proa de un asunto o negocio; la punta de esa flecha, que en muchos de los casos inmerecidamente, por malas artes, ostentan engreídos y absurdos muñecos vanos.

No puedo pasar por alto un tema que se nos presenta en la vida de don Aureliano, tema que ha de repetirse con asiduidad en el transcurso de este trabajo, circunstancia que puede mostrarnos un mal endémico en la vida española de aquellos tiempos y en muchos otros momentos de la azarosa vida nacional. Se trata de la envidia; de la injusticia; del desalojo y atropello. En una palabra: de la ignominia.

Vemos, pues, que el *Boletín* granadino marcha boyante dejando eco y pisando fuerte, gracias a su alma, que no es otra sino don Aureliano, su redactor; que el Jefe Político de la provincia le anima y estimula; que el público a quien llega, se complace e instruye con su acertado contenido.

Alguien hay de soslayo y oculto, que carcome intolerante el buen nombre y fama de aquel señor. Su nobleza y valía no la soporta cierto ruín.

Queda interino un nuevo Jefe Político en 1841 y comienza reteniéndole sus honorarios, al tiempo que le prohíbe publicar nada que no sea puramente oficial. La suerte está echada y la sentencia la ejecuta en 1842 el mismo personajillo, cuando le retira la redacción, e incluso llega a más impidiéndole indirectamente la entrada en ella (9).

Mientras estos sucesos, Fernández-Guerra ha terminado la licenciatura de derecho, incorporándose al colegio de abogados granadino en 1842 (10).

Hemos dicho que su padre fue catedrático de la universidad granadina (11), donde explicó, durante diversos períodos, disciplinas de lógica y metafísica, las de primero y segundo de leyes, así como historia, literatura, bibliografía, numismática y antigüedades.

En 1831, su primo político, don José María Bonal y Orbe, le promovió y, llevándole a Málaga, le encomienda la notaría mayor de aquel tribunal eclesiástico. Mas, restituído por las juntas revolucionarias a su puesto docente en Granada, regresa a ella, donde incluso quieren ponerle al frente del gobierno

(9) Relato manuscrito de los hechos, Colección de documentos sin catalogar, propiedad de los herederos de don Aureliano. (C.D.H.A.).

(10) Carta de don Aureliano a su padre pidiendo consejo para colegiarse, ms., Granada, 23-12-1841 (C.D.H.A.).

(11) Relación de los méritos... (C.D.H.A.).

político y de la audiencia (años 1835 y 36) que él rechaza con energía, causándole no pocos disgustos y sinsabores (12).

Antes de seguir adelante vamos a retroceder en el tiempo al año 1818, uno más, uno menos. Sólo dos contaba don Aureliano. Es entonces cuando su padre entra como abogado de cámara al servicio de don Cristóbal Rafael Fernández de Córdoba, VI marqués de Algarinejo, XI marqués de Cardeñosa, VIII marqués de Valenzuela, VII conde de Luque y señor de la Real Villa de Zuheros, con su castillo y otros lugares, que es donde yo quería venir (13).

Este señor de Zuheros, aristócrata al uso de la época, cuando todavía no hacían caso los nobles apartados de la corte de las normas que la constitución política y social imponía en las Cortes de Cádiz, tenía tal embrollo en sus propiedades, acrecentado por la tramitación de la herencia a la muerte de su padre, que no lograba aclarar nada en concreto. Es entonces cuando con veintitrés años y dos de abogado entra a su servicio don José Fernández Guerra, quien con habilidad exquisita, unas veces perdiendo un pleito, ganando otras, reclamando cuentas atrasadas y olvidando las imposibles de cobrar, desentraña la hacienda de su señor, al mismo tiempo que gana en prestigio y nombre. Don Cristóbal no da un paso sin su consejo y le encarga desenvuelva, ¡ahí es nada!, sus intereses en el señorío de su Real Villa de Zuheros.

Para ello varias veces se traslada el abogado a esta villa y consigue dejar claro el empeño del conde quien agradecido y viendo la simpatía de don José con los zuhereños y las buenas y cordiales relaciones de éstos con él, le escritura dos fincas de las que posee en el término de Zuheros, a pesar de la resistencia que para ello le ofrece su abogado. Por fin acepta, en 1821, con la condición de que las toma a censo, censo que pagó siempre hasta que fue redimido por sus herederos.

Aquí está el arranque. Este es el principio de la vinculación de los Fernández-Guerra con el pueblo de Zuheros, donde pasan temporadas, principalmente en verano y por consecuencia don Aureliano acompañando a sus padres, si bien sus estancias son más cortas. Fomenta entre los del lugar tertulias y reuniones que llegan a despertar en ellos gran interés por la cultura.

Venimos hablando del amor que tiene don Aureliano por todo aquello que activa el espíritu elevando los conocimientos y la ilustración de las gentes, y ya es momento de citar trabajos salidos de su pluma.

Así, desde octubre de 1839 hasta 1842 escribe tres dramas:

El primero, «La peña de los enamorados», es más leyenda que drama. Inexperto aún en el arte de la escena, se le descubren algunos fallos, que son compensados sobradamente por la hermosura y elegancia de sus animados versos. Su estreno tuvo lugar en Granada por los actores Julián Romea y Matilde Díaz el 31 de octubre del 39 (14).

El segundo, «La hija de Cervantes», también estrenado en Granada y por los mismos actores el 20 de febrero del 40, a beneficio del pintor granadino

(12) CAÑETE, Manuel, *Poesías de...*, Madrid, 1859, p. 281.

(13) AMEZCUA Y MAYO, Agustín G. de, *La batalla de Lucena y el verdadero retrato de Boabdil*, Madrid, 1915, p. 92.

(14) CAÑETE, Manuel, *o. c.*, p. 265.

don José Llop (15) y seguidamente puesto en escena en Málaga (16). En esta obra tiene el valor, el verdadero valor, de poner en escena a Cervantes, a quien antes de don Aureliano nadie se había atrevido a colocarle sobre las tablas, de no ser el mismo Manco de Lepanto, que en el *Quijote*, y en una de sus comedias, *El trato de Argel*, se asigna papel para sí. Es todavía obra inmadura, pero algo tiene cuando despierta el interés de consagrados escritores contemporáneos como Bretón, Moreno, Espronceda, Ventura de la Vega, Hartzenbusch y otros, que reunidos en Madrid para una lectura de la pieza, opinan que el prólogo tiene vuelos de gran maestro, no así el resto, sacando en conclusión que, como poeta, Fernández-Guerra puede dar mucha gloria a las letras españolas, por lo que antes de silenciar sus defectillos, debían ser severos con un talento que habían de pulir y, encauzándole, exigirle todo lo que dentro de sí portaba (17). La opinión de aquellos maestros la conoce don Julián Romea y por carta de 9 de febrero de 1841, desde Madrid, la comunica a don Nicolás Roda, de Granada, para que éste a su vez, endulzando algo los conceptos para no herir la delicadeza y exquisitez de don Aureliano, la haga llegar al autor. Lo cierto es que, si bien se representó con mucho éxito según las críticas del momento, no llega a imprimirse, ni aún cuando en 1875, don José María Asensio de Toledo, historiador, cervantista y académico de la Española y de la Historia, por tanto compañero de don Aureliano, le pide el manuscrito para su publicación en el aniversario de Cervantes, rehusando con la excusa de que a lo mejor, con tal motivo, dice: «desempolva los legajos que contienen la segunda obra dramática de mi pobre ingenio, y ponga en su justa medida, juicios aventurados e imputaciones calumniosas de personajes históricos, que hay que tratar con estimación y respeto y sobre todo algunos hechos que la experiencia y el estudio han venido a demostrar ser falsos» (18). Es modesto; reconoce su error. Así es don Aureliano, pero el drama no es publicado jamás (19).

Una tercera obra es el drama, en cuatro actos, al que pone por título uno doble, «Alonso Cano» o «La Torre del Oro», cuyo estreno, en Granada, lo realizó el 5 de febrero de 1842 la compañía de don José Valero (20). Es una obra acabada. Ha conocido ya *Don Alvaro o la fuerza del sino* del Duque de Rivas; de García Gutiérrez *El trovador*, y *Los amantes de Teruel* de Juan Eugenio de Hartzenbusch, que le marcan la pauta a seguir y a ellos acomoda su obra don Aureliano.

Comienza su vida literaria, que distrae su juventud, con la poesía lírica en principio, acogándose al romanticismo desesperado y sollozante de la época, mas pronto sacude esta tendencia disconforme con la personalidad sensata y tradicional del poeta y publica trabajos de verdadero valor y mérito, tales

(15) MIGUEL, Antonio de. «La hija de Cervantes. Comentarios sobre el drama del mismo nombre». *La Alhambra*, Granada, t. 2.º, n. 40, 15 mayo 1840.

(16) *Crónica de la Revista de Teatros, periódico de Literatura y Arte*, Madrid, 1.ª serie, t. I, 7.ª entrega, pp. 109-110.

(17) Carta que se cita de don Julián Romea a don Nicolás Roda, ms., Madrid, 9-2-1841 (C.D.H.A.).

(18) ASENSIO Y TOLEDO, José María. *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. José María Asensio y Toledo*, Madrid, 1895, pp. 48-49.

(19) CAÑETE, Manuel, o. c., p. 266.

(20) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano. *Alonso Cano o la Torre del Oro*. Madrid, 1845.

como «La Cruz de la Plaza Nueva» (1839) (21), «De una a otra luz» y «A mi madre ausente», ambas en 1840 (22), que tienen con otras muchas cabida en las páginas de *La Alhambra*.

Ya hemos dicho de sus estancias en Zuheros. Vamos a citar y comentar obras salidas de su pluma escritas y firmadas en este pueblo. Son trabajos apenas conocidos, más aún, casi ignorados, que yo no puedo ni quiero pasar por alto.

Una de sus venidas a Zuheros desde Granada y a caballo el 29 de mayo de 1839, motivó el artículo que tituló simplemente «Zuheros» (23) publicado en *La Alhambra*. Por él hemos podido conocer cómo debió ser su castillo, aquella airosa y esbelta construcción, hasta el punto de que, para una posible y soñada reconstrucción de la fortaleza, una pauta eficaz para ello la tenemos basándonos en él, por la descripción que hace del castillo, aunque para ello mejor será encontrar una monografía inédita, de paradero ignorado, escrita en 1834, que titula «El castillo romano de Zuheros, y anticuayas de los pueblos de aquellos contornos», que además ilustró con muchos dibujos, para lo que don Aureliano se daba gran maña.

De aquel tiempo tiene un relato y un como sainete o corta pieza teatral, de los que tenemos el manuscrito original. Al primero pone título, «Historia que parece cuento» (24). No así al segundo, que está incompleto y carece de él.

El cuento nos narra la visita que hacen al conde de Luque el alcaide y ediles de Zuheros, con graciosas y descalabradas incidencias hasta llegar a presencia de su señor, así como en la forma que se retiran.

El sainete fija la escena en el patio del Molino Nuevo, que luego fue propiedad de los Fernández-Guerra (25), y cuyas muelas movía el agua del manantial de Marbella, término de Luque. El ambiente es festivo y alegre; se canta y se baila; suenan la guitarra y las palmas entre la bruma de celos de gañanes y señoritos por una linda moza. Comienza la representación con una coplilla, hoy usada como refrán popular, sin que hasta el momento se conociese su autor y origen. Dice así:

Antes moro que gallego,
antes gallego que fraile,
antes fraile que de Luque,
porque de Luque ni el aire;

y sigue con otra típicamente zuhereña:

Tres cosas tiene Zuheros,
que no las tiene Madrid:
Charco-Hondo, la Atalaya,
y la Peña de Parir,

(21) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, *La Cruz de la Plaza Nueva*, Granada, La Alhambra.

(22) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, «A mi madre ausente», Madrid, *Revista de El Español*, 17 noviembre 1845, pp. 8-9.

(23) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, «Zuheros», *La Alhambra*, t. 2.º, n. 35, Granada, 9 febrero 1840, pp. 411-413, y n. 40, 15 marzo 1840, pp. 473-475.

(24) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, «Historia que parece cuento», ms. sin fecha. (C.D.H.A.).

(25) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, «En el patio del molino», ms. sin fecha. (C.D.H.A.).

coplilla que se corea en el «melenchón», ese juego tan de Zuheros, que desgraciadamente se va perdiendo sin posible salvación.

Otra obra, por supuesto de más altos vuelos, es la titulada «Leoncio», de la que me ocuparé más ampliamente.

Escribe su «Leoncio», indiscutiblemente en Zuheros, en febrero de 1838 y lo publica por entregas a partir del 30 de octubre de 1840, en un periódico que no hemos podido identificar, más suponemos por sus caracteres que pudo ser *El Heraldo*. Hemos, sí, conseguido la totalidad de las veinte entregas y su manuscrito original.

«Leoncio» es una narración. Es un cuentecillo o leyenda transmitida en parte de forma oral, nunca escrito hasta entonces y quizás le fue contado en una tertulia, de las que se reunían junto al viejo olmo que había en la plaza de Zuheros, al pie del castillo, escenario fundamental de la trama. También pudo oír la historia a la luz del velón en el cerco nocturno de la candela de llama de su casa-palacio. Efectivamente no saldría de aquellos papeles y legajos que, dice la narración, le entregó un anciano sacerdote que encontró sentado en la ermita de los Angeles, cerca de Baena, encuentro que se produjo, dice, una tarde calurosa de julio, que venía don Aureliano de visitar las ruinas del Minguillar, cerro que está entre Baena y Luque, más cerca de esta primera ciudad.

Entra en la trama Leoncio y llega faldeando el monte Simblia. Pasa luego por la Fuente y acomete la altura donde se asienta el castillo de Succedo. Deja atrás a su escudero y asciende solo escuchando receloso el estruendo que alborota el torrente precipitado entre la escarpada y agreste garganta.

El monte ¿es la cima de la Virgen de la Sierra? ¿Es Camarena? ¿También el Cangilón o acaso la piedra de Ayende...? Simblia lo es todo desde Cabra hasta Zuheros. La fuente es aquella que brota fresca pero salobre agua bajo la Peña Preñada. El torrente y cascadas son las de Bailón y Charco-Hondo la escarpada y agreste garganta. El castillo el de Zuheros.

Es un drama en el que haciendo eco del dicho popular, no queda vivo ni el apuntador. Esta narración romántica, trágica al uso de la época, toma sus exteriores, como ya hemos apuntado, en las cercanías de Zuheros. Cita la sima de Cabra, de Egabro la llama, y desde sus profundidades encantadas viajan bajo tierra desde ella a la gruta de los Espectros, que no es otra sino la de Los Murciélagos; sitúa escenas en el monte Nuditano, que es el del Lobatejo, altura próxima al mojón que marca la divisoria entre los términos de Cabra, Carcabuey y Zuheros y concluye en la abadía de San Pacomio, inexistente en verdad según las proporciones arquitectónicas tan suntuosas que relata, pero que la sitúa en el lugar donde dicen estuvo la primera ermita de San Matías, patrono de Zuheros.

En su trama hay platónicos amores; intriga y oposición; calumnia y odio; asesinatos que simulan muertes naturales y envenenamientos solapados, para terminar Leoncio y Bertha, sus protagonistas, en forma igual o parecida que Romeo y Julieta o los amantes de Teruel (26).

(26) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, «Leoncio», ms., Zuheros, febrero 1838. (C.D.H.A.); y FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, «Leoncio», *Boletín de la provincia de Granada*, Granada, 30 octubre-20 noviembre 1840.

Esto y algo más que fecha en la casería del Puntal, término de Cabra, es la obra literaria que fragua y crea en nuestras tierras cordobesas del sur (27).

Pero también por este tiempo y en nuestra zona no olvida su mayor afición, que es «árida y penosa», así la califica él mismo, en la que se encuentra inmerso «desde edad de doce años» (28). Se trata del estudio de antigüedades, de la entonces nueva ciencia llamada arqueología.

Escudriña palmo a palmo en cortos paseos los alrededores de Zuheros, mirando y rebuscando piezas arqueológicas, que hace transportar a su casa cuando son de gran tamaño y peso o trae él mismo cuando son pequeñas. Entre ellas hemos de contar la estatua de ese senador romano, que muchos de los presentes han contemplado en la plaza de la Paz de Zuheros, y la estela funeraria que también se encuentra allí, en la rampa de subida al castillo. Proceden la primera del Laderón, de Doña Mencía, y la segunda localizada el 20 de marzo de 1834 en su casería de Minerva, piezas de las que tuvimos noticias hace decenas de años, cuando leíamos en Granada el libro de don Manuel Góngora y Martínez *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, libro que podemos considerar como el primer tratado de arqueología, publicado en 1868, y que gracias a su encuentro y su lectura recuperamos y colocamos donde hoy se hallan para nuestra contemplación (29).

Estas dos piezas, acaso por su tamaño y porque siempre quedaron en Zuheros, no forman parte de una colección de doscientos dieciséis objetos arqueológicos que, propiedad de don Aureliano, fue vendida al Estado por sus herederos en 1933 por la cantidad de ocho mil pesetas (30).

Conoció en septiembre de 1833 el descubrimiento romano acaecido en el cortijo de las Vírgenes, término de Baena, y en febrero del año siguiente acompañado del presbítero don Diego de Padilla y el licenciado don Joaquín Caracuel (31) acude al yacimiento y copia, pieza por pieza, con todo detalle, urnas, inscripciones y utensilios, piedras y bajorrelieves, para después en abril marchar a Córdoba y, acompañado «siempre» por el bibliotecario de la episcopal y de Fray José Jurado, lector del convento de San Pedro de Alcántara, toma noticias de lo que fue Castro el Viejo, donde se asienta el cortijo de las Vírgenes.

Con toda esta información vuelve a Zuheros y comienza a ordenar sus ideas y papeles, labor que interrumpe a veces con visitas a otros lugares, como la Torre del Puerto, el Laderón, el Minguillar, Padrones y otros.

El pueblo de Baena le reconoce ya su meritorio trabajo, de tal forma que, antes de terminarlo y sacar conclusiones, la Sociedad de Amigos del País, el 30 de abril de 1834, le designa su socio honorario (32).

(27) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, «Vejamen», ms., Cabra, 31 agosto 1834. (C.D.H.A.).

(28) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, Aclaración sobre el plagio de «La Clote Ruano», Granada, 9 diciembre 1839, p. 1.

(29) GONGORA Y MARTINEZ, Manuel, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, 1868.

(30) «Inventario de la colección de objetos arqueológicos de don Aureliano Fernández-Guerra», 1933. (C.D.H.A.).

(31) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, *Aclaración sobre...*, p. 1.

(32) Oficio de la Sociedad de Amigos del País de Baena nombrando a don Aureliano socio honorario. Baena, ms., 1834. (C.D.H.A.).

A finales de octubre regresa a Granada con su labor casi terminada. Quienes la ven le felicitan y animan, pero él sigue perfilando; quita y pone; amplía y desarrolla, mas no la da a la imprenta. Aumentan las presiones para que publique y, no pudiendo evadir la que, entre otras y de peso, recibe del archivero de la Corona de Aragón don Manuel Bofarull y de Sartorio, que había visto, conocido y elogiado el trabajo, compromete su palabra para cuando concluya «Viaje pintoresco del antiguo Reino de Granada», donde debe insertarlo.

Pero mientras tanto consigue amistad con él y en Granada, como aficionado de antigüedades, don Manuel de la Corte Ruano, quien le visita en su casa a diario, sin escatimar adulaciones, granjeándose el afecto y la confianza del bueno de don Aureliano. Un día le pide prestados para copiar todos los trabajos y apuntes de sus investigaciones por tierras cordobesas para, de este modo, le dice, tener un recuerdo suyo. Y don Aureliano, todo bondad y sencillez, se los entrega.

Al poco tiempo un alumno de don Aureliano le muestra, en el *Semanario Pintoresco* y firmado por La Corte Ruano, un artículo titulado «Sima de Cebra», que era con puntos y comas, y un dibujo además, parte de aquello que inocentemente le había franqueado Fernández-Guerra. Y en verdad fue éste, y no el firmante, quien con su visita a la sima el 25 de agosto de 1836 había escrito y dibujado, ampliando además con la ayuda prestada por el escribano egabrense don Francisco Pastor, que le facilitó copiado por su hijo, la causa ocurrida en la sima allá por los años de 1683, documento que conservaba en su escribanía (33).

Toda la élite cultural granadina reacciona ante este latrocinio, conociendo además la carta descarada e insolente en la que La Corte anuncia a don Aureliano que seguirá publicando artículos sobre el cortijo de las Vírgenes. Y se publican. Pero el liceo granadino toma el acuerdo de que para cuando lleguen a su poder los números del *Semanario Pintoresco*, que inserten estas publicaciones, ya estén en su sala de lectura expuestos «los dibujos y demás trabajos de uno de nuestros colaboradores (se entiende don Aureliano), que, contra todas las leyes del honor y de la amistad, han servido para aquella producción» (34).

Por si esta actitud en defensa de la legitimidad de un trabajo fuese poco, más de dos docenas de intelectuales granadinos firman un documento, el 28 de enero de 1840, que entregan a don Aureliano, para su satisfacción y oportuno uso, acreditando que el verdadero investigador, dibujante y escritor es nuestro hombre y falaz impostor el otro (35).

(33) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, *Aclaración sobre...* p. 5.

(34) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, *Ligeros toques al retrato que de si mismo ha hecho el autor de «El más solemne mentís»*, Granada, 1840, p. 7.

(35) Documento que se cita y que firman entre otros los siguientes intelectuales granadinos: Salvador Andreo y Dampierre, Fr. Juan Chamizo, Francisco Javier Alonso, Francisco Enriquez Ferrer, Tomás Martínez Robledo, Serafin Hidalgo, Francisco Barroeta, José María Zamora, Manuel María de Cañizares, José Te-ruel, Antonio López del Rincón y Garrido, Francisco de Paula López Puyol, José Barroeta, Miguel Picayo, José Sánchez Dávila, Manuel Zamora, Carlos Manuel de Funes, Julián León Briones, José Agullarab Suárez y algunos más. Granada, ms., 28 enero 1840. (C.D.H.A.).

Por este lance, por este desagradable asunto, don Aureliano no da a la luz todo aquello que investigó, estudió y dibujó en nuestra región y me aventuro a sostener, sea la posible causa de quedar inédito e ilocalizable «El castillo romano de Zuheros y anticuayas de los pueblos de aquellos contornos», trabajo del que ya hemos hablado.

Indudablemente la reputación del señor Fernández-Guerra queda de manifiesto y acreditado su trabajo, pero éste, que es muy susceptible y molesto, se duele en su interior, se inhibe y se retrae, tanto que escribe «...y desde esta época data mi frialdad en el estudio de las antigüedades, y mi afición a la bella literatura» (36).

No, don Aureliano, permíname, pero en este caso no sentía usted lo que dice como verdad. El venenillo de la arqueología había prendido muy hondo en su mente. Su sabiduría y ciencia para esta disciplina tenía que dar muy buenos frutos y con ella alcanzar grandes honores. Porque a Fernández-Guerra se le puede catalogar y siempre en grado superlativo en todas las facetas literarias, poesía, narración, crítica, ensayo, pero donde despunta con mayor auge, donde más se destaca su auténtico valor es precisamente en sus estudios geográficos y más aún en los geográfico-arqueológicos.

Se suceden acontecimientos que van marcando la vida de nuestro hombre. Su padre muere en Madrid el 9 de mayo de 1846. Había llegado a la villa y corte cuando alcanzó la mayoría de edad S. M. la Reina (1843), para desempeñar una colocación en la Biblioteca Nacional, empleo que le entusiasmaba, sencillamente, por estar entre libros, ya que él llegó a poseer en Granada hasta dieciocho mil volúmenes, algunos muy escogidos y manuscritos valiosísimos, cuyo destino y paradero de momento ignoramos (37).

Es curioso consignar que don José marchó solo a Madrid, siguiéndole un año después su hijo Aureliano. Su esposa doña Francisca se había instalado definitivamente en Zuheros, residencia que no dejó jamás.

A principio de los años cuarenta del siglo pasado don Aureliano produce eco por sus informes y discursos como letrado en el foro granadino, y aunque él pretende no ser hombre público, llama la atención de don Manuel Ortiz de Zúñiga, fiscal de S. M. en aquella audiencia, y éste, al ser nombrado (1844) (38) Subsecretario en el Ministerio de Gracia y Justicia, con el consentimiento del señor Ministro, llama a Madrid al joven abogado y le ofrece el puesto de oficial en el despacho de aquella subsecretaría (39), cargo que acepta y desempeña hasta 1854, en el que, por causa de la política, hecho muy frecuente y común en el subir y bajar de los partidos políticos imperantes en cada momento, es cesado.

Ya está en Madrid y sin ser muy dado a la exhibición, porque su mayor placer es el estudio y su única ilusión la investigación callada y constante, no puede evitar que su nombre y talento trascienda fuera del círculo de libros y

(36) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, *Aclaración sobre...*, p. 5.

(37) CAÑETE, Manuel, «Recuerdo», *El Heraldo*, n.º 2.417, Madrid, 7 abril 1850.

(38) SEÑAN Y ALONSO, Eloy, *o. c.*

(39) «Necrología de D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe», *La Ciudad de Dios*, año XIV, n. 522, pp. 244 y ss.

papeles entre los que se desenvuelve. Conoce a Hartzenbusch, a Bretón de los Herreros, a García Gutiérrez y otros muchos más, que le franquean la llegada a metas que en provincias, a pesar de su valer y laboriosidad, jamás podría haber conseguido.

Se apacigua y aplaca la tempestad política precursora de la que había de llegar en 1868 y, siendo don Claudio Moyano ministro de Fomento, convencido de que ha de rodearse de personas diligentes de honradez manifiesta, sin buscar más, piensa en Fernández-Guerra y le designa para oficial primero de su Ministerio, puesto que ocupa y desempeña con una competencia intachable, con una entrega total y absoluta durante doce años. Ocupando dicho empleo acepta en varias ocasiones la dirección general de instrucción pública, siendo altamente positiva su presencia al frente de ella, pues gracias a él se crean los premios de la biblioteca nacional y además consigue que los mismos se publiquen por cuenta del Estado.

También concedió mercedes y ayudas desde aquel destino. Precisamente una de ellas a su gran amigo Juan Eugenio de Hartzenbusch, a la sazón director de la escuela normal, que ocupaba desde 1854. Que no se piense que su motivación venía sólo ligada a favorecer a su amigo, que también puede ser, pero además pensando en que Hartzenbusch reportaría más a la cultura de bibliotecario primero de la nacional, con más sueldo y prestigio, y por qué no decirlo, más futuro, ya que así llegaría con facilidad, como llegó, a la dirección de dicha biblioteca el 11 de diciembre de 1863, puesto que le venía como anillo al dedo (40).

Como anécdota, sólo como curiosidad, hemos de añadir que no le fue muy grato a don Juan Eugenio la designación procurada por Fernández-Guerra, quien nos cuenta que en cuanto la supo «...procura verme en seguida y me dice: Sr. don Aureliano, aunque reconozco su buena intención de favorecerme, estoy muy lejos de agradecersele. ¡No sabe V. qué daño me ha hecho privándome de aquel jardincito!

Dos reales academias, la de la Historia y la Española, le llaman a su seno.

En la primera alcanza la designación de correspondiente el día primero de abril de 1853 (41) y dos años y ocho meses después, concretamente el día de la Purísima Concepción, se le comunica que en junta celebrada la víspera ha sido elevado a numerario (42), para tomar posesión de su sillón el 4 de mayo de 1856 (43), desarrollando su discurso sobre «La conjuración de Venecia de 1618», dejando claro con él lo verdadero de aquella célebre intriga, basándose en todo lo escrito sobre el tema, ampliando con documentos desconocidos

(40) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, *Autores dramáticos contemporáneos. D. Juan Eugenio de Hartzenbusch*, Madrid, 16 enero 1882, p. 407.

(41) «Expediente de Aureliano Fernández-Guerra» en la Real Academia de la Historia, Madrid, ms., 1853, pp. 2-3. Con fecha 4 de marzo es propuesto para Académico Correspondiente por los Académicos Numerarios Antonio López de Córdoba, Francisco de Paula Cuadrado, el conde de Canga Arquiles, Serafín Estébanez Calderón, Pascual Gallangos, Pedro Sabán, Antonio Cavanilles y José Caveda, siendo admitido por votación en la junta celebrada el 1 de abril de 1853.

(42) «Expediente de Aureliano...» ms., pp. 6-7. En la segunda propuesta para Académico Numerario que firman Gallangos, Cavanilles, Sabán, Modesto Lafuente y José Amador de los Ríos, es admitido el 18 de mayo de 1855, ocupando el sillón de Numerario por fallecimiento de don Antonio López de Córdoba.

(43) «Expediente de Aureliano...» ms., p. 11. Lee su discurso de ingreso casi al finalizar el plazo, debido a un «padecimiento de la vista».

e inéditos hasta entonces, que localizó en el archivo general de Simancas y en otros fondos, verdaderos monumentos históricos.

Esta academia le designa su anticuario perpetuo, partiendo de aquí su intensa investigación arqueológica que le lanza a ocupar, por su auténtico valor científico, puestos de elevado rango internacional, con trascendencia verdaderamente notable.

Localizada Numancia en 1853 por el ingeniero Eduardo Saavedra, la Real Academia de la Historia procura conservar las ruinas, hasta que en 1882 logra que sean declaradas monumento nacional (44). Para ello crea la comisión de antigüedades de Numancia que preside el político don Salustiano Olózaga y en ella tenemos a don Aureliano, cabeza científica de la misma (45).

En 1860 viene don Aureliano a Córdoba al regreso de visitar a su madre en Zuheros, donde permaneció una larga temporada, pues al ir hacia este pueblo, cae del caballo y se rompe un brazo, suceso que le obliga a convalecer en aquella villa que tanto amaba (46).

Vino bien esta estancia en Zuheros a don Aureliano, ya que al salir del pueblo camino de Córdoba, no había de volver más a él, y más aún, que, sin saberlo, madre e hijo se despedían en vida. La correspondencia entre ambos fue muy frecuente aunque no muy extensa. La última carta que recibió de su madre, según nota que de puño y letra escribe don Aureliano en ella, «Última carta de mi madre querida» (47), fue dictada, pero firma al final con pulso tembloroso, según lo hacen suponer los grafismos: «Hijo mío del alma. Francisca Orbe de Guerra». Murió a los 77 años de edad el 10 de noviembre de 1865, y está enterrada en Zuheros (48).

Terminaba esta nota sentimental y triste, continúo.

Llega don Aureliano a Córdoba y se detiene en la capital durante varios días para conocer personalidades del mundillo literario, alojándose en la fonda Rizzi, de la calle Ambrosio de Morales (49), donde le visitan los amigos que hizo aquí, entre los que se cuentan el que fue director de esta nuestra academia y boticario don Francisco de Borja y Pabón y varios catedráticos del instituto, siendo su más asiduo acompañante don Luis Ramírez de las Casas-Deza.

Conviene en este punto aclarar ciertos comentarios que hemos oído en varias ocasiones, influídos, puede ser, por ciertas ideas asomadas en las «Memorias de Ramírez de las Casas-Deza» de cuando otra vez estuvo don Aureliano en nuestra ciudad. Ya hemos hablado de ella y para qué vino. Se hospedaba en el palacio con su tío el obispo Bonel, y se comenta que, amparado y encubriéndose con la capa que usaba, desvalijó en su provecho la biblioteca del referido palacio, pero esto sólo puede pensarlo y comentarlo, con divaga-

(44) *Enciclopedia Universal Ilustrada*, Madrid, Espasa-Calpe, t. 52, p. 1.039.

(45) Oficio de la Real Academia de la Historia citando a don Aureliano como miembro de la Comisión de Antigüedades de Numancia. Madrid, ms., 31 mayo 1858. (C.D.H.A.).

(46) RAMÍREZ DE LAS CASAS-DEZA, Luis M.ª, *Córdoba en el siglo XIX. Memorias de...*, Córdoba, 1977, p. 191.

(47) Orbe y de la Plata, Francisca de Paula, Carta que se cita, ms., Zuheros. (C.D.H.A.).

(48) Partida de defunción de doña Francisca de Paula Orbe y de la Plata, libro 7.º de defunciones de la parroquia de Ntra. Sra. de los Remedios de Zuheros, partida n.º 409, f. 207 v.

(49) RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIERREZ, Teodomiro, *Paseos por Córdoba*, León, 1973, p. 342.

ciones sin aclarar, Ramírez de las Casas-Deza, que a pesar de ser muy inteligente, por sus comentarios a través de toda su obra podemos imaginarlo celoso y quisquilloso, resentido, vengativo y malicioso con don Aureliano al no poder conseguir de él su propósito, Dios sabrá por qué, cuando en 1863 le visita en Madrid (50).

No podemos pensar mal de la bondad y honradez acreditadas de Fernández-Guerra, de aquel hombre que, gracias a él, se salvaron muchos datos y documentos desaparecidos de sus centros custodios, bien por catástrofes, incendios, inundaciones y otras causas, o bien por «...la infidelidad y depravación de personas indignas». Son palabras suyas al comentar estos robos en carta a don Miguel Altube, vecino de San Sebastián (51). Porque don Aureliano copiaba los documentos; calcaba los manuscritos. No los sustraía.

Otra prueba de su caballerosidad y sentido de la honradez, precisamente en este aspecto de estar en posesión de libros no suyos, nos la da en su primer testamento otorgado el 25 de septiembre de 1854, cuando en una de sus cláusulas dice: «Advierto que para mis trabajos literarios me han facilitado libros diferentes personas y de ello se encontrará nota de mi puño. Mis albaceas cuidarán que vuelvan a sus dueños» (52).

Una persona que, incluso en su última voluntad, cuida mucho de estas devoluciones, está libre de sospechas de lo que se le ha venido atribuyendo indebidamente.

Conoce a Emilio Hübner, arqueólogo como él y especialista, también como él, en epigrafía latina, siendo mucha de su obra consecuencia del material facilitado por Fernández-Guerra al sabio arqueólogo alemán.

Es nombrado individuo de número y director honorario del Instituto Arqueológico de Berlín en 1861, instituto fundado en 1829 por el rey de Prusia Federico Guillermo IV (53) y como esta entidad ha concedido a pocas personas tal distinción, no cabe la menor duda que el logro para España en la persona de Fernández-Guerra es interesantísimo (54), cuando en Francia, por ejemplo, una figura notable de la Academia Francesa, Próspero Mérimée, que visita Granada en 1830 llegando a intimar con la familia Montijo y el que en el país galo llegó a ser profesor de la emperatriz Eugenia, y que pudo conocer en Granada a don Aureliano, sólo llegó en el Instituto de Berlín a ser académico corresponsal, cuando en su país desde 1833 fue inspector general de monumentos y gracias a él muchos de ellos se salvaron de la ruina (55).

En 1879 en la Real Academia de la Historia, a la izquierda de S. M. el Rey, la derecha la ocupa el presidente del consejo, se sienta como director accidental don Aureliano para celebrar sesión pública que conmemora su fundación y tras oír al señor Rada Delgado un excelente estudio biográfico y crí-

(50) RAMIREZ DE LAS CASAS-DEZA, Luis María, *o. c.*, p. 221.

(51) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, *Documentos relativos a Guipúzcoa. Dos cartas importantes*, Madrid, 25 febrero 1891, p. 181.

(52) Testamento de don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe otorgado ante el notario de Madrid don Claudio Sanvoy y Barea el 25 de septiembre de 1854, con el número 392 del protocolo.

(53) *El Reino*, diario de la tarde, Madrid, sábado 25 de mayo de 1861, año III, n.º 491, p. 3.

(54) *Idem*.

(55) *Enciclopedia Universal Ilustrada*, Espasa-Calpe, t. 34, p. 927.

tico sobre nuestro comprovinciano don José Amador de los Ríos, la voz serena y firme de Fernández-Guerra da gracias a S. M. por su presencia, quien la contesta con elocuentes palabras (56).

Al aparecer en 1879 con motivo de unas excavaciones varios sepulcros en la catedral de Santiago (57) don Aureliano, junto con el padre jesuíta Fidel Fita, son encargados por la de la Historia, como arqueólogos, para estudiar e informar sobre el verdadero sepulcro del Apóstol. Trasladados a Compostela, tras varios días de paciente y agotador trabajo en la cripta y en los archivos catedralicios, redactan su informe y desde entonces fijan el asentamiento del lugar donde reposan los restos del patrono señor Santiago. Este viaje da lugar a una crónica verdadero estudio geográfico-histórico-arqueológico, que narra la ida a Santiago por Oporto y La Guardia y regreso a Madrid por Badajoz, serie de artículos que reproducen muchos periódicos nacionales (58), haciendo grandes elogios de don Aureliano (59).

Son numerosas las contestaciones y discursos que en esta academia realiza Fernández-Guerra a lo largo de su vida.

Notable en verdad el pronunciado para conmemorar su fundación en 1865 sobre el Fuero de Avilés, origen de un ampliado libro con igual tema y título, investigación con la cual ha de quitar a dicho fuero 119 años de antigüedad al descubrir la falsificación en su fecha de origen (60).

El uno de marzo de 1868 contesta al discurso de ingreso de don Francisco Javier Salas Rodríguez, interesantísima disertación, pues con ella defiende a capa y espada la pésima reputación que siempre tuvo el rey don Pedro I de Castilla, al que cataloga como «un producto de la época». No es ni sanguinario, ni fiero, ni opresor de la nobleza, como le habían presentado al Padre Santo y al rey de Francia. Dice que, en aquel tiempo de don Pedro, «La verdadera religión que muchos años antes dio unidad a cien mal avenidas turbas, comienza a destruir la gran familia, que es la cristiandad, para crear las que se decían nacionalidades, que no eran sino agrupaciones de forajidos trabajando por devorarse unos a otros» (61). «Don Pedro ha de ser duro dada la herencia de las tutorías [...] pero no cruel» (62). Para Aureliano Fernández-Guerra don Pedro es el rey justo y preciso que en aquel momento tenía que haber en esta tierra nuestra.

Es don Aureliano quien contesta a don Marcelino Menéndez y Pelayo el 13 de mayo de 1883, aquel joven despierto que a los 22 años es catedrático de la central; a los 24 académico de la Española y a los 26 se produce su ingreso

(56) *El Diario Español*, año XXVIII, n. 8.600, Madrid, 30 junio 1897.

(57) *El Clamor de Galicia*, año II, n. 108, Lugo, 6 febrero 1879.

(58) FITA, Fidel, y FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano. «Recuerdos de un viaje. I. De Madrid a Oporto». *El Porvenir*, Santiago de Compostela, 22 octubre 1879, n. 1.413; «II. De Oporto a La Guardia», *El Porvenir*, 27 octubre 1879, n. 1.417. Se publican también estos artículos entre otros en el *Semanario de Manresa*, *Revista Católica de Ciudad Real*, *Boletín Oficial del Arzobispado de Santiago*, *El Eco de Extremadura*.

(59) *El Porvenir*, n. 1.388, 23 septiembre 1879.

(60) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano. *El Fuero de Avilés. Discurso leído en junta pública de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1865.

(61) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano. *Discurso leído en la Real Academia de la Historia en la recepción de D. Francisco Javier de Salas*, Madrid, 1868, p. 147.

(62) FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE, Aureliano, *Discurso... de D. Francisco Javier de Salas*.

en la de la Historia. Los cuarenta años de diferencia de edad con Fernández-Guerra hacen que don Marcelino se sienta halagado de que su antiguo juez le reciba con brazos abiertos y le elogie con su discurso, cuyo contenido ansiaba conocer don Juan Valera, según se desprende de la carta que desde Lisboa, el 9 de marzo, escribe a don Marcelino: «...estoy deseando que Aureliano escriba la contestación».

He pronunciado las palabras «antiguo juez» y voy a aclarar esta afirmación. En las oposiciones a la cátedra de historia crítica de la literatura española, vacante por la muerte de don José Amador de los Ríos, forma parte del jurado don Aureliano como vocal, siendo presidente don Juan Valera, componiendo el resto los señores Milá, Cañete, Rubí, Rosell y Fernández y González.

En principio renuncian don Juan y don Aureliano, que medio se justifican, mas recapacitan y piensan en la injusticia que se pueda fraguar si no valoran la verdadera clase de don Marcelino, frente a la influencia de sus contrincantes, nada menos que Sánchez de Noguel, que había sido decano de la facultad de filosofía y letras de Madrid, de donde era la cátedra en litigio; el catedrático de literatura, de instituto, don Saturnino Milengo Englada; y don José Canalejas y Menéndez, presidente que fue del consejo de ministros.

En 1857 toma posesión de su sillón x minúscula en la Real Academia Española, puesto que deja vacante al morir don Jerónimo Escosura con un discurso que trató de «La personalidad del poeta Francisco de la Torre», personaje nuevo y desconocido que fue con torpeza confundido con don Francisco de Quevedo y le contestó el Marqués de Molins.

Vistas las propuestas que elevan el real consejo de instrucción pública, la facultad de filosofía y letras de la central y la real academia Española, el 20 de mayo de 1868, por real decreto es nombrado catedrático de literatura extranjera, asignatura del doctorado, nombramiento que es ratificado mediante título firmado por la reina Isabel II el 22 del mes siguiente, siendo ministro de Fomento don Severo Catalina y Amo.

Parece que las cosas van bien para nuestro hombre. Se siente dichoso al verse protegido por la cátedra que le va a proporcionar 3.000 escudos anuales. De esta forma podrá dedicarse por entero al estudio, que fue siempre su mayor ilusión y anhelo, mas, por ser hombre recto, apolítico, cristiano, desinteresado, laborioso y cumplidor al producirse en septiembre la revolución, sin más explicación ni expediente alguno, el 31 de diciembre de aquel mismo año, le comunica el ministro de Fomento, don Manuel Ruiz Zorrilla, que por decreto del 25 de octubre queda suprimida la cátedra y por consecuencia don Aureliano cesante. Fernández-Guerra aplica ante el fantasma del expolio aquello que escribió en ocasión parecida en Granada: «Las dos más sublimes sensaciones se encuentran en el triunfo de la justa y racional libertad y en el olvido de las ofensas recibidas».

Se le va a colocar, ya lo hemos dicho, de oficial primero en el ministerio de Fomento, cuando se apacigüen las aguas y se produzca el cambio, pero ese no es su puesto, ya que en él tiene que rendir horas y presencia, porque es fiel

cumplidor aunque para ello tenga que perjudicar la investigación y el estudio.

No se arredra Fernández-Guerra y refugiándose en el pequeño y modesto local que la Academia Española le ha cedido como archivero y bibliotecario, o en la de la Historia, sigue trabajando, porque su ocupación en el contexto de la vida oficial es un mero episodio secundario, que ciertamente reporta ingresos para sus pocos gastos en su vida cotidiana y sencilla. Donde verdaderamente tenemos que ver la talla de don Aureliano es en su constante estudio, en su continua y forzada investigación y en la producción de sus obras, frutos sazonados y jugosos que a lo largo de su existencia ofreció a la cultura y ciencia.

La Real Academia de la Historia, a la muerte de don José Moreno Nieto, en 1882, le designa para senador, hecho que es criticado en el periódico *El Liberal*, porque, con don Aureliano en la cámara alta, dada su religiosidad y sapiencia, el catolicismo, la ciencia y las letras españolas tendrán esta independiente y elevada representación, cosa que no desean los liberales a pesar de que blasonen de su amor a la ilustración y apoyo a la ciencia.

El 31 de mayo de 1885 S. M. el Rey se digna presidir la recepción solemne de la Real Academia Española al popular poeta don José Zorrilla, acto en el que interviene don Aureliano como director accidental de la corporación, vestido de frac con la banda de Isabel la Católica. Introducen al poeta en el paraninfo de la universidad central los académicos Núñez de Arce y Campoamor. El tema que trata, «Humíllate y serás ensalzado», en romance castellano endecasílabo.

No hay que decir que don Aureliano es nombrado miembro de infinidad de academias, de sociedades y entidades culturales: Sevilla, Almería, Granada, Gerona, Murcia, Barcelona, Tarragona por citar algunas en España; París, Caracas, Roma, Manila entre las extranjeras. Preveo, puesto que no encontraré dato a favor, que nuestra academia, esta cordobesa, le ignoró siempre. Por eso vengo con cariño a recordarle.

Con bastante frecuencia es invitado a palacio por SS. MM., bien para tomar el te o para asistir a bailes, a muchos de los cuales excusa su asistencia, pero jamás elude concurrir a los conciertos, pues la reina cursa la invitación, la mayoría de las veces, con esta apostilla: «Aunque la reunión es privada, venga usted».

Estas invitaciones y audiencias pueden iniciarse cuando Isabel II cedió a su pueblo las tres cuartas partes de su hacienda particular, heredada de sus antepasados.

Los poetas de la villa y corte, reunidos el 20 de marzo de 1865, acordaron ofrecer a S. M. un álbum de flores poéticas conmemorativo de tan altruista y elogioso gesto. Una segunda reunión tuvo lugar siete días después, precisamente en casa de don Juan Valera, y allí, de entre sesenta y nueve autores, once poetisas y cincuenta y ocho vates, incluidos claro está, don Juan y don Aureliano, se designó quién había de hacer el ofrecimiento a S. M. Por aclamación aquella honra recayó en Fernández-Guerra, ya que en él, posiblemente también en otros, se daba la coincidencia de ser buen orador, erudito y

poeta y además miembro de dos reales academias. Les recibió S. M. a las tres de la tarde el 17 de abril, cuando venía de poner la primera piedra del edificio que había de ser hospital y templo del Buen Suceso, teniendo lugar la audiencia en su real cámara acompañada de su esposo don Francisco de Asís.

A lo largo de esta exposición hemos citado muchas obras por uno u otro concepto, y sin hacer una reseña amplia de ellas, no podemos dejar de citar algunas de las más fundamentales que, hasta el momento hemos omitido por no entrar en el relato que traemos. Más de ochenta son sus producciones, a más de infinidad de artículos, muchos de ellos sobre crítica literaria, que firmó con el seudónimo de «Pipí».

El trabajo que más prestigio dio a Fernández-Guerra fue su estudio crítico sobre don Francisco de Quevedo. Su padre había reunido un gran número de curiosas ediciones de las obras de este autor, así como documentos interesantes en relación con su polémica vida, colección que nos da el inicio y norma para realizar la labor. La publica en dos volúmenes en 1852 y 1857 en la Biblioteca de Autores Españoles, poniendo al frente de ella una biografía completísima de la «Vida de Don Francisco de Quevedo y Villegas», lo mejor que se ha escrito para salvaguardar la verdadera realidad en la vida del escritor, dejando a un lado la idea que se tenía de él de satírico y frívolo, para mostrarlo como teólogo y asceta, filósofo y moralista, indiscutiblemente político profundo y sobre todo poeta. En toda su vida de investigación y estudio sobre su mesa estuvo siempre presente la gran figura de Quevedo. Don Aureliano estudia mucho; escribe poco; piensa al máximo y corrige en exceso para que su obra sea verdaderamente elegante y clásica, científica y veraz, hasta el punto de que sus contemporáneos decían que sus escritos parecen más del siglo de oro que de finales del XIX.

Trabajos históricos suyos entre muchos podemos citar: «La orden de Calatrava», «El Libro de Santoña», «El rey don Pedro de Castilla», «Don Rodrigo y la Cava».

Con tema geográfico tenemos: «Dietania», «Cantabria» y «Munda Pompeyana». En esta última monografía tenemos que discrepar totalmente con don Aureliano y lo sentimos. La excepción produce y confirma la regla. Desde la Academia de la Historia promueve un concurso para investigar y estudiar la verdadera localización de Munda, en abril de 1857. Se presentó un solo trabajo firmado por los hermanos don José y don Manuel Oliver Hurtado adjudicándoseles el 3 de diciembre del 60. Aseguran estos autores que las ruinas de Munda se identifican con Ronda la Vieja. Adjudicado el certamen por unanimidad de los tres que forma la comisión: el sevillano don Antonio Delgado y Hernández, anticuario de la Academia antes de don Aureliano; don José Caveda y Nava, político y crítico de arte; y don Aureliano, que era el más moderno. Piensa éste que es el momento de escribir sobre el tema, surgiendo su «Munda Pompeyana», con la que pretende decretar definitivamente, según él, que Munda se localiza en las faldas de la sierra de Estepa. No, don Aureliano, perdone usted. Razones hay suficientes, que no vienen al caso, que nos muestran otro distinto: el de nuestra campiña cordobesa.

Queda inédita una obra que parecía perdida, que hemos localizado ma-

nuscrita, no por la mano de don Aureliano, sino más bien copiada del original o dictada por éste, incompleta y escrita en 1878, que se titula «Omar ben Hafson». En ella hay una cita curiosa y es que entre las huestes del caudillo de Bobastro, figuran los honderos de Zuheros.

Ya citamos algunas de sus obras poéticas, siendo el momento de comentar una de ellas: las redondillas a Higiara. Don Juan Valera quería tenerlas y pide a don Marcelino se las remita: «...si halla usted en su biblioteca los versos a Higiara de nuestro don Aureliano». Copiadas le son remitidas desde Santander el 28 de diciembre de 1901. Esta Higiara, que no conocemos en la vida real de don Aureliano, pudo ser, espiritualmente siempre, su amor quizá imposible. Nos atrevemos a sacar el nombre de Higiara de la mitología clásica, de aquella diosa adorada en Atenas, Corintio y Agros, llamada Higia, cuya representación es la de una virgen con una serpiente, símbolo de la salud, que pretende beber en la copa que sostiene.

Luego de muerto don Aureliano y sólo después de muerto, su gran amigo don Juan Valera nos dice: «Sin duda el constante y entrañable afecto que esta Higiara, envuelta para mí en el velo del misterio, hubo de inspirar al poeta, permaneciendo para él inaccesible, sólo Dios sabe por qué motivo le indujo también a permanecer toda su vida en muy ejemplar celibato».

Cierto o no, Fernández-Guerra ama apasionadamente:

Mientras la abeja libe los tomillos
y en el bosque a los libres parajarillos
oigas su afán decir,
mi orgullo será amarte, Higiara mía,
con ciego frenesí.

Tras lo dicho hemos de aclarar que la madre Naturaleza no dotó físicamente con largueza la figura de don Aureliano. Era enjuto de cara y flaco de cuerpo; mal encarado pero con cierto ángel, posiblemente profundo e íntimo, no accesible para todos. Mermado de salud y achacoso, sus dolencias le obligaban al menos una vez al año a solicitar, aún contra sus principios, permisos para reponer fuerzas, marchándose a El Escorial o tomando baños de aguas minerales por temporadas que oscilan entre veinte o cuarenta días, a veces dos meses, que siendo oficial mayor de la secretaría de Gracia y Justicia S. M. la Reina graciosamente le concedía.

Su carácter, que aparentemente era serio y grave, le daba empaque y presancia que imponía respeto, de tal forma que siempre representó más edad. Sus amigos, sus íntimos, cuando sólo contaba 20 años, le llamaban cariñosamente «El Viejo».

Cuando su estancia más prolongada en Zuheros, en la década de los treinta, hizo gran amistad con un lejano antepasado mío, Josef Luis Tallón, quien de medio guasa y medio en serio le extiende un certificado graciosísimo como alcaide del castillo y fortaleza que nos muestra facetas de don Aureliano, no

conocidas por otro conducto, entre otras: que «permanece sin afeitarse por juramento de las sus barbas no rapar»; que «escribe más que El Tostado»; que «todo el día lo pasa cantando» y que «refunfuña más que prelado de convento».

Hemos pretendido ilustrar nuestra conferencia con el retrato de don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, pero las circunstancias nos fueron adversas. Sabemos que el Sacro Monte por sus méritos y haber vestido la beca del colegio en 1840, su cabildo acuerda, el uno de diciembre de 1881, hacer un cuadro para que su estampa figure en el salón rectoral, y para tal fin el rector don José de Ramos López le escribe: «...ruego a Vd. se sirva elegir pintor de su agrado que haga la copia, de medio cuerpo, con las condecoraciones de España y del extranjero, dando aviso cuando esté terminado para satisfacer su importe y disponer la conducción».

Hecha una gestión con el actual rector, don Jesús Roldán Calvente, me comunica que por obras de reparación en el colegio y la abadía, los cuadros están almacenados, por lo que de momento no puede dar noticia cierta, que él tampoco sabe, pero que con sumo placer desea complacerme pronto. Hasta hoy no sabemos si la tela se pintó o si la modestia de don Aureliano rehusó la ejecución.

En la portada de una pequeña pero acertada biografía que hace de Fernández-Guerra el sacerdote don Manuel de Cueto y Ribero, sobrino de su llorado maestro, un dibujo a plumilla, firmado por Galán, nos muestra el semblante de don Aureliano.

En la Española juega don Aureliano un gran papel como presidente de la comisión para la edición del diccionario, junta que está compuesta además por Cañete, Nocedal, Valera, Canalejas, Arnao que es secretario, su hermano Luis, Alarcón, Tamayo y más tarde entraría Menéndez y Pelayo.

Son los años últimos de su vida. Se encuentra muy achacoso y va perdiendo la vista. Menéndez y Pelayo en carta que escribe desde Madrid a Valera el 28 de noviembre de 1893, le dice: «Los amigos de la academia se acuerdan muchísimo de Vd. especialmente en la comisión de diccionario de los sábados, en que nos reunimos el pobre de Aureliano, que está muy averiado, Tamayo, el Padre Mir y yo».

Don Aureliano vivió 45 años en casa del matrimonio don José Llop y doña Petra Pla, más que como familiar como huésped, murió a los 78 años de edad, de hemorragia cerebral, a las 10 de la noche del día 7 de septiembre de 1894, en la calle Felipe IV, número 2, segundo piso, siendo enterrado el 8 en la sacramental de San Justo.

Además de una casa en Granada en la calle del Correo Viejo y algunas fincas en Montefrío, Luque y Zuheros, deja una biblioteca, que es lo que nos interesa, compuesta de 2.100 volúmenes que se valoran en 1.420 pesetas. Después de su muerte no sabemos a ciencia cierta dónde fue a parar. Seguiremos investigando.

En la Real Academia Española sustituye a don Aureliano en 1895 don Eugenio Sellés y Angel, disertando sobre «El periodismo» y con contestación a cargo de don José Echegaray. En su discurso Sellés hace un panegírico de su antecesor, del que entre otras cosas dice: «Don Aureliano Fernández-Guerra era para los viejos una autoridad; un venerable para los que vivimos algo después; una figura ya histórica para la generación novísima. De ésta conocían todos su nombre, muchos sus obras, pocos su persona».

Yo he venido con esta evocación a ensalzar su figura; a rendir tributo a su esforzado estudio; a aplaudirle por su sabiduría y ciencia y a ponerle como ejemplo de entereza y honradez.